

RENÉ LEÓN ECHAIZ



HISTORIA DE
SANTIAGO





RENÉ LEÓN ECHAIZ



HISTORIA DE
SANTIAGO



NUEVE NOVENTA
E D I C I O N E S



HISTORIA DE SANTIAGO

© 1975, René León Echaiz

© 2017, herederos de René León Echaiz

© De esta edición:

2017, Ediciones Nueve Noventa EIRL

Luis Cruz Martínez 670

Curicó, Chile

edicionesnueveventa@gmail.com

ISBN: 978-956-9642-05-0

Registro Propiedad Intelectual

Inscripción N° 39.845

Edición y corrección: Gonzalo Muñoz B.

Diseño y maquetación: Alexis Hernández E.

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.

Todos los derechos reservados.



**Proyecto financiado por el Fondo Nacional
de Fomento del Libro y la Lectura, Convocatoria 2017**

PATROCINAN:



SANTIAGO
Ilustre Municipalidad

ÍNDICE

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN	15
---	----

LA COLONIA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS HABITANTES PRIMITIVOS

I. Pedro de Valdivia inicia la Historia	19
II. Pueblos de indios en Santiago.....	23
III. Los incas	27
IV. Parlamento con los indios	29
V. Se levanta el campamento.....	31

CAPÍTULO SEGUNDO

LA FUNDACIÓN

(SIGLO XVI)

I. El campamento del Santa Lucía	33
II. Tierra elegida para la ciudad	35
III. Presupuestos legales	36
IV. Fundación de la ciudad	37
V. Verdadera fecha de la fundación.....	39
VI. Vecinos fundadores	40
VII. Reparto de los primeros solares	41
VIII. La primera destrucción.....	42
IX. Reconstrucción de la ciudad y nuevo reparto de solares	45

X. La ciudad primitiva	51
XI. Arquitectura de la época	60
XII. El Cabildo.....	65
XIII. Alcaldes del siglo XVI	72
XIV. Los corregidores	74
XV. Título de ciudad y escudo de armas.....	78
XVI. La Iglesia.....	80
XVII. El Hospital del Socorro	92
XVIII. Las encomiendas.....	93
XIX. Las tierras circunvecinas y su reparto	98
XX. Los caminos.....	110
XXI. El comercio.....	114
XXII. La industria y los primeros molinos	116
XXIII. La agricultura.....	119
XXIV. El Agua de Ramón.....	121
XXV. Costumbres.....	122
XXVI. Educación pública.....	125
XXVII. Formación de la sociedad santiaguina	126

CAPÍTULO TERCERO

AÑOS COLONIALES

(SIGLOS XVII Y XVIII)

I. Evolución de la ciudad	129
II. El río Mapocho.....	162
III. Administración y autoridades	170
IV. La Iglesia	196
V. Los jesuitas	215

VI. Vida y costumbres.....	229
VII. Educación pública	238
VIII. Beneficencia	242
IX. La economía.....	247
X. Desarrollo y progreso de la arquitectura	258
XI. Expansión de la ciudad	270
XII. Tierras circunvecinas.....	284
XIII. Los caminos	298
XIV. Pueblos de indios sobrevivientes.....	302
XV. Las encomiendas.....	308
XVI. Formación de aldeas y villas	312
XVII. Sigue el proceso de formación de la sociedad santiaguina	318

LA REPÚBLICA

CAPÍTULO CUARTO

LA PATRIA VIEJA

(1810-1814)

I. El Cabildo de 1810	325
II. Naturaleza del cabildo de la Patria Vieja.....	328
III. Alcaldes de la Patria Vieja	329
IV. Actuación de los cabildos de 1811 a 1814	329
V. Rentas municipales.....	331
VI. División administrativa.....	332
VII. Progresos locales	333
VIII. La Iglesia	335
IX. Proceso de transformación de las costumbres santiaguinas	337

CAPÍTULO QUINTO
 LA RECONQUISTA ESPAÑOLA
 (1814-1817)

I. Osorio entra en Santiago	341
II. Disolución del Cabildo	345
III. Los alcaldes y el jefe político.....	347
IV. La Iglesia	348
V. Progresos locales.....	349
VI. Cambio de costumbres y represión.....	356

CAPÍTULO SEXTO
 PRIMEROS AÑOS DE LA REPÚBLICA
 (1817-1826)

I. La Batalla de Chacabuco y la ciudad de Santiago.....	359
II. División administrativa y gobernadores intendentes.....	364
III. El Cabildo	366
IV. Aspecto de la ciudad y de la vida	368
V. Progresos locales.....	371
VI. El Llano de Maipo y la villa de San Bernardo.....	385
VII. La Chimba.....	388
VIII. Ñuñoa.....	392
IX. La costa santiaguina	394
X. Contratiempos de la iglesia santiaguina.	400
XI. Los acontecimientos de la historia nacional.	406

CAPÍTULO SÉPTIMO
 DESDE LA CREACIÓN DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO,
 HASTA VICUÑA MACKENNA
 (1826-1872)

I. El régimen federal y la Provincia de Santiago	411
II. Las autoridades	413
III. Término del sistema federal.....	414
IV. La municipalidad.....	417
V. Recursos municipales.....	419
VI. Empleos municipales y policía	420
VII. Local de la intendencia y de la municipalidad.....	423
VIII. Las Asambleas Provinciales	424
IX. Aspecto de la ciudad y progresos locales.....	427
X. Los barrios antiguos y nuevos. Formación de calles	450
XI. Arquitectura de la época	480
XII. La Iglesia y el Arzobispado de Santiago.....	488
XIII. Educación	496
XIV. Vida y costumbres	499
XV. Formación de aldeas y villas	516
XVI. Problema social	522

CAPÍTULO OCTAVO
 LA ERA DE VICUÑA MACKENNA
 (1872-1875)

I. El nuevo intendente de Santiago.....	525
II. El plan de trabajo. La transformación de Santiago	528

III. Estado de Santiago al asumir Vicuña Mackenna	532
IV. Labor realizada	537
V. La Municipalidad.....	570
VI. Fin de la intendencia de Vicuña Mackenna	572

CAPÍTULO NOVENO

EL FIN DEL SIGLO

(1875-1900)

I. La Provincia de Santiago de 1875 a 1900	577
II. Los intendentes desde 1875 a 1900.....	579
III. Las municipalidades	581
IV. Los alcaldes desde 1876 hasta 1900.....	583
V. Rentas municipales.....	584
VI. Enajenación de la Dehesa.....	586
VII. Progresos locales	588
VIII. La policía	604
IX. La Iglesia	604
X. Comercio, industria y profesiones	610
XI. La arquitectura	612
XII. Acequias y canales de la ciudad.....	615
XIII. Alrededores de Santiago y caminos de acceso	616
XIV. Las grandes propiedades rurales de fines de siglo.....	619
XV. Los acontecimientos de la historia nacional	623

CAPÍTULO DÉCIMO
EL SIGLO VEINTE

I. Principios de siglo.....	625
II. Avance del siglo.....	644
III. Nombres de calles.....	649
IV. División administrativa de la Provincia de Santiago en el siglo XX.....	656
V. Las municipalidades.....	660
VI. La Iglesia.....	667
VII. Rasgos de la arquitectura.....	674
 ANEXO A LA SEGUNDA EDICIÓN: EL PROCESO DE REGIONALIZACIÓN.....	 687
 BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....	 693
 ÍNDICE Y CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES.....	 697
 ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	 702
 AGRADECIMIENTOS.....	 723

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

EN SU EDICIÓN dominical del 22 de agosto de 1976, el diario *El Mercurio* publica una reseña de la *Historia de Santiago* de René León Echaiz. En esta, Guillermo Izquierdo Araya –miembro de la Academia de la Historia– califica la obra de «caudalosa» y de tener «el mérito de reunir en un solo cuerpo todos los aspectos de la vida santiaguina que han sido historiados en las numerosas obras que forman el valioso acervo bibliográfico de la ciudad de Santiago».

Ante tal elogiosa crítica, nos imaginamos la satisfacción que debió sentir el ilustre historiador curicano tras la lectura del matutino; pero lo cierto es que el destino quiso que en la misma publicación apareciera también la noticia de su muerte, acaecida el día anterior. Y es que, con su partida, pareció también morir su proyecto de realizar una segunda edición de su *Historia de Santiago*, intención que confidenció al mismo Izquierdo, quien así lo cuenta en el homenaje que más tarde dedicó a León Echaiz la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. El académico afirma que nuestro autor «tenía puesta toda su ilusión en esa idea. Proyectaba eliminar las últimas páginas sobre las administraciones recientes. Me pareció bien. Y me decía que las reemplazaría por una invocación a la ciudad para que haga historia, como verdadera metrópoli, elevando al bronce las figuras olvidadas, restableciendo plazuelas deterioradas, salvando la Casa Colorada y otros monumentos públicos y privados».

Pues bien, a partir de las correcciones hechas a puño y letra por León Echaiz sobre un ejemplar de la edición original, hemos aceptado el desafío de traer su mayor obra hasta el nuevo siglo. Para esto, hemos intervenido el texto lo menos posible, no tratando de escribir una historia contemporánea

de la ciudad que vaya forzosamente unida a la que nos dejó nuestro autor, sino que proyectando el fin de su obra hacia el presente. También hemos incorporado planos y grabados históricos, además de fotos que muestran el Santiago del siglo XX; una visión común para quienes vivieron en aquella época, pero que el paso del tiempo, los terremotos y el olvido han vetado a quienes vinimos después.

GONZALO MUÑOZ BRAVO
CURICÓ, MARZO DE 2017.



LA COLONIA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS HABITANTES PRIMITIVOS

I

PEDRO DE VALDIVIA INICIA LA HISTORIA

POR EL CAMINO de Chile venían avanzando lentamente. El sol veraniego caía con fuerza sobre las espaldas en aquel 13 de diciembre de 1540, aumentando la fatiga del largo trayecto.

Eran ciento cincuenta soldados españoles, si así pudieran llamarse tres clérigos, siete frailes mercedarios y una mujer blanca, Inés Suárez. Unos marchaban a pie y otros montando cansinos caballos. Tras ellos, seguía una multitud heterogénea de indios auxiliares, mujeres, niños y animales domésticos. Los españoles dejaban colgar desganadamente sus armas y los indios se inclinaban con el peso de deshechos bagajes sobre sus hombros.

Al frente de todos, don Pedro de Valdivia, con la rubia barba cubierta de polvo, va escrutando el horizonte con ojo avizor. A pocos pasos lo siguen Francisco de Aguirre, Rodrigo de Quiroga, Francisco de Villagra, Inés Suárez, Diego García de Cáceres y otros compañeros connotados. Todos constituyen la flor de los conquistadores y vienen del Perú en busca de nuevas tierras para la Corona de España.

No podría decirse que es un ejército el que avanza. Los pocos guerreros desgarbados y cubiertos de polvo, los indios que llegan a un millar, las

mujeres, los niños, los cerdos, las gallinas y los caballos, dan más bien a la columna el aspecto de un éxodo bíblico.

El «camino de Chile» es un sendero estrecho y tortuoso, utilizado desde antaño por los indios y por los incas invasores. Viene bordeando cerros y cruzando matorrales; y por él se trafica hacia el río Mapocho desde el valle de Aconcagua, llamado también «valle de Chire» o de Chile, por el «anchachire» o gran frío que en él impera.



1. Valle del Aconcagua en la cercanía de los Andes.

De pronto se presenta ante la vista de los expedicionarios un gran cerro que parece dominar con su inmensa mole el valle inmediato. Se detienen y preguntan por él. Algunos indios informan que es el cerro Thopahue (lugar de manchas de flores), cuyas laderas llegan hasta un extraño río, el Mapocho, que luego de cruzar hermosos valles se consume en la tierra para reaparecer más tarde. Los expedicionarios lo contemplan extasiados. A pesar de sus riscos, de sus árboles, de las manchas de flores que lo cubren, su imaginación religiosa más que un cerro ve en él al gigante San Cristóbal que dirige sus pasos.

Siguen avanzando. Frente a las rucas del cacique Huechuraba se detienen un instante a platicar. El cerro grande, al que desde ya nominan «San Cristóbal», los obsesiona fuertemente y hacia él resuelven encaminar sus pasos. Los primeros jinetes tuercen riendas hacia la izquierda, hacia el oriente, y la larga columna reanuda la marcha. Pasan luego junto a un pequeño cerro blanco y en la angosta lengua que corre entre él y el cerro grande de San Cristóbal, se detienen para establecerse.¹

Las tiendas de campaña se levantan en las laderas suaves del cerro grande; y allí se van agrupando también enramadas de los indios, corrales para los animales y pircas que defienden del viento o de los ataques. Hay de todo en abundancia: madera para las armazones, leña para el fuego, praderas para los caballos, agua corriente y cristalina. Es necesario destruir sembrados y rucas para aposentarse; pero no importa. La misión que traen, el fuego que los ilumina, es para ellos de mayor importancia.

Pronto el fuego de las hogueras y el bullicio propio de un campamento que parece ser definitivo, llenan el ambiente. Los dos cerros, el Blanco y el San Cristóbal, limitan al nuevo núcleo humano por los dos costados; y el río Mapocho, hacia el sur, sigue corriendo con sus aguas cantarinas rebeldes y desordenadas. Los indios comarcanos observan con aire impasible la increíble invasión. Se sienten impotentes ante ella y ocultan en el trasfondo de su espíritu la ira y el rencor. Ya estallarán más tarde.

1. El caserío de Huechuraba se encontraba aproximadamente a cuatro cuadras al norte del que habría de ser después «callejón del Cementerio», actual calle Unión.

Instalado el campamento del San Cristóbal, don Pedro de Valdivia decide explorar los alrededores. Distribuye a sus hombres en cuatro grupos: uno quedará a cargo del bagaje y de los víveres y los otros tres recorrerán el terreno hacia los cuatro puntos cardinales. Un cronista contemporáneo nos relata el hecho en la siguiente forma: «Llegado que fue al valle de Mapocho y allegado a la orilla del río que por este valle va, repartió la gente que traía en cuatro partes y a cada una parte dio un caudillo. Mandó a la una parte que guardasen el fardaje y lo tuviesen a buen recaudo [...] Mandó el general a los caudillos de las tres partes que corriesen aquel llano grande cada cuadrilla con su cuadrilla por su parte».²

Las patrullas se internaron por todos los contornos. Derribando floresta o cruzando pequeños suelos cultivados, unos recorrieron la Chimba, de oriente a poniente; otras vadearon el río y reconocieron el pequeño valle junto al cerrillo Huelén; otros avanzaron hacia el poniente; y otros, en fin, orientándose hacia el sur, se internaron en las tierras de Ñuñohue. Todo es bello, grandioso, exuberante. Se suceden los arbustos silvestres, las tierras cultivadas, los bosques de roble, de canelo, de espino, los rancheríos indígenas. Los indios, sorprendidos en sus rucas, los observan con aparente indiferencia y apenas contestan a sus interrogaciones; pero los que se cruzan con ellos en los caminos, huyen despavoridos. «Los indios huían de una parte a otra –nos dice el mismo cronista–, con temor de los cristianos. Topaban en cualquier parte con los cristianos y a esta causa creyeron que había muchos cristianos que habían venido y estaban en la tierra».

Al regreso de las patrullas, los conquistadores discuten. Todos los lugares son hermosos y apropiados para establecerse; pero no toman aún ninguna determinación.

Siguen transcurriendo los días sin alteraciones y don Pedro de Valdivia no se decide aún. No adopta medidas para fundar allí una ciudad; pero no da tampoco la orden de levantar el campamento para trasladarse a otro lugar. Parece evidente que tenía la íntima intención de fundar allí la ciudad que habría de ser Santiago; y muchas de sus actitudes así lo

2. Gerónimo de Bibar.

confirman. Desde luego, hizo levantar una capilla. Después de tantos días instalados allí, en donde tal vez habrían de permanecer definitivamente, los hombres necesitaban servicios religiosos. Con madera y paja, la capilla fue construida en los faldeos del pequeño cerro Blanco y allí empezaron a celebrarse desde entonces los primeros oficios religiosos. Era un local modesto; pero, acaso, estaba destinado a albergar la futura parroquia de la nueva ciudad. Los acontecimientos, sin embargo, siguieron otro curso y aquella capilla fue el germen de la ermita de Monserrat, que Inés Suárez levantara en la cumbre del cerro Blanco, y más tarde capilla de La Viñita.

II

PUEBLOS DE INDIOS EN SANTIAGO

LAS PATRULLAS que habían recorrido los contornos del campamento del San Cristóbal, pudieron advertir que estaban rodeados de poblados indígenas por todas partes. Eran miserables rancheríos enclavados en pequeños claros de la selva virgen, a orillas de las corrientes de agua o al abrigo de los cerros. Es difícil determinar el número de la población indígena en ese momento, pues los cronistas discrepan con diferencias de gran magnitud; pero, concordando todos los antecedentes y haciendo un análisis racional, podríamos establecer que en el valle del Mapocho no podían vivir más de diez mil naturales.

Si nos extendemos al territorio que hoy constituye la Provincia de Santiago, podemos ensayar la siguiente enumeración de pueblos indígenas que existían a la llegada de don Pedro de Valdivia:

Huelén, Lampa, Macul, Vitacura,	Colina, Maipo, Apochame, Melipilla,
Apoquindo, Tobalaba, Huechuraba,	Pico, Quilicura, Pelvín, Aculeo, Poangué,
Ñuñoa, Guaicoches, el Salto, Pomaire,	Pirque, Chacabuco, Chicureo, Tango,
Cudahuita, Terao, Copequén, Curamapu,	Malloco, Paicoa, Peucodañe, Alhué,
Putupur, Llopeu, Coñihue, Talagante,	Guachún.

De algunos apenas nos ha quedado su nombre; de otros sabemos que fueron dados en encomienda o conocemos algunas líneas de su historia. Y hay algunos que han sobrevivido hasta nuestros días, por lo menos en el nombre, en aldeas o ciudades.

Los más connotados o, por lo menos, los que dejaron mayores noticias fueron, acaso, los siguientes:

Huelén. Hemos llamado así al rancherío indígena aposentado en el lugar que hoy día ocupa la parte central de la ciudad de Santiago, al sur del río Mapocho y a la vera del cerro que los indios llamaban «Huelén» (Dolor). Según testimonios contemporáneos, había allí una abundante población, cuyo cacique llevaba el nombre de Huelén Huara. Cuando Valdivia fundó en sus terrenos la ciudad de Santiago, fueron naturalmente desalojados de ellos y repartidos en diversos lugares, según habremos de verlo.

Huechuraba. Ya lo hemos conocido al seguir el trayecto de los conquistadores. Estaba ubicado aproximadamente cuatro cuabras al norte de un callejón que corría por la falda del cerro Blanco y que después sería «callejón del cementerio», hoy calle Unión. Las tierras de sus indios fueron dadas más tarde al conquistador Gómez Pardo, quien plantó allí una viña.

Apoquindo. Estaba ubicado aproximadamente a nueve kilómetros al oriente del cerro Huelén y su cacique llevaba también el nombre de Apoquindo, cuyo significado indígena es «ramillete del Gobernador».

Ñuñoa. Los indios de este pueblo, sometidos al cacique Longomavico, estaban aposentados en el centro de la extensa zona que recibía el nombre genérico de Ñuño hue o Ñuñoa.

Tobalaba. Su ubicación hacia el N.E. del pueblo de Ñuñoa, corresponde al mismo sector de Santiago que hoy lleva este nombre. Su cacique era Catacingo. Es curioso observar que el nombre de este pueblo ha debido ser el mismo del cerro San Cristóbal: Thopahue (lugar de manchas de flores). Deformado después en Tobalahue, llegó a nosotros como Tobalaba.

Macul. También su ubicación corresponde al lugarejo santiaguino que conservó el mismo nombre y que hoy constituye uno de los sectores de la ciudad. Su cacique llevaba el nombre de Longomoro.

Maipo. Constituían una numerosa población, que fue dada en encomienda a Juan Godínez. Entre ella, estaba incrustado un núcleo de indios de otros lugares, llamados impropriadamente «veliches» por documentos contemporáneos. Debido a las concesiones de tierra posteriores, los indios de este pueblo fueron llevados a Choapa. Su cacique era Millacura.

Tango. Solo tenemos el nombre de algunos de sus caciques: Guachumpilla, a la llegada de los españoles; y Negue-Tegua, más tarde.

Paicoa. Las mensuras realizadas por Ginés de Lillo, lo ubican a tres leguas al poniente de Santiago y creemos que se trata de la actual aldea llamada El Paico. Su cacique era Millapidum.

Pelvín. Corresponde su ubicación a la actual Peñaflo. Junto al pueblo existía un cerro, del cual los indios sacaban para diversos usos una piedra especial que documentos antiguos llaman «piedra imás». «En el valle de Pelvín –dice Diego Rosales–, a cinco leguas de la ciudad de Santiago, se descuella un cerro empedrado de piedra imás, donde todos los que quieren sacan piedras [...] Tienen los indios por cierto que en subiendo alguno a aquel cerro a sacar piedras, ha de venir una tempestad y acontece muchas veces con que rehúsan subir allá y sacar piedra imás».

Poangue, Pico, Curacaví y Pomaire. Los hemos agrupado porque tienen una historia común.

Existía un pueblo de indígenas llamado Pico, ubicado al frente de la actual ciudad de Melipilla. Debido a ellos, los indios que habitaban el sector de Maipo y Melipilla eran llamados en general «picones», nombre dado por los españoles.

Entre los indios picones, los de mayor importancia eran, sin duda, los del pueblo de Poangue, ubicado junto a un río en la boca de la quebrada de Cuyuncaví. En la topografía actual, podríamos ubicarlo tras el cementerio del pueblo de Curacaví de hoy día.

Debe tenerse en cuenta que Curacaví no era entonces un poblado indígena, sino simplemente un lugar donde los indios celebraban ciertas ceremonias. Allí estaba la piedra del Cahuín, de donde le vino el nombre.

Con motivo de la sequedad que se produjo en sus tierras, los indios de Poangue se trasladaron a Pomaire y a Pico, lugares en donde tenían

también tierras con agua abundante. De aquí arrancó la formación del pueblo indígena de Pomaire, que propiamente no existía a la llegada de los españoles y que ha llegado hasta nosotros con singulares caracteres.

Al irrumpir en la zona los conquistadores, Poangue tenía tres caciques: Antequilca, Chumavo y Catanlagua. Así se desprende del documento que concedió encomienda a Juan Pastene, entregándole «los caciques llamados Antequiles, Chumavo y Catanlagua [...] que tienen sus tierras en la provincia de los picones e valle llamado Poanguí».

Con posterioridad, según reconstrucción hecha por José Armando de Ramón («Censo de Curacaví». Revista de Estudios Históricos, N° 4 y 5), fueron caciques de Poangue, Alonso y Diego de Poangue, Pedro y Alonso Pelquiguán, estos dos últimos estando ya el pueblo ubicado en Pomaire. En siglos posteriores, y según el mismo historiador, el pueblo de Pomaire, enteramente mestizado, estuvo regido por caciques de apellido Soriano, que se mantuvieron hasta el siglo XIX.

Alhué. En el lugar que hoy día recibe este nombre, había un pequeño rancherío indígena, cuyo cacique recibía el nombre de Albalagüe. Deformando su nombre, los españoles dieron al caserío mismo la denominación de Alhué.

Llopeo. A poca distancia del actual pueblo San Francisco del Monte, existía el rancherío indígena de Llopeo. Los franciscanos establecieron en él un convento de su religión antes de 1585, que quedó ubicado en el lugar hoy llamado El Tejar. Grandes bosques rodeaban el sector, de donde vino la denominación de San Francisco del Monte. En 1682 los franciscanos trasladaron el convento al lugar de hoy; y a su alrededor empezó a formarse una aldea, que terminó por absorber al pueblo indígena de Llopeo. Del antiguo rancherío han sido desenterrados restos humanos y ruinas, sobreviviendo su nombre hasta época contemporánea en un callejón llamado Llopeo.

Coyo (El Salto). Al norte del río Mapocho y en las proximidades del cerro Blanco, existía un pueblo indígena llamado Coyo. Los españoles dieron al sector el nombre de El Salto, por una gran caída que allí hacía el agua de un canal. Como sus tierras fueron concedidas a Rodrigo de

Araya, se llamó también Salto de Araya. Los indios desposeídos fueron trasladados a Quillota.

Guaycoches. También en la ribera norte del río Mapocho, junto a hondas quebradas que el río formaba, vivía la población de los indios guaycoches (hombres de la quebrada con agua). Sus tierras eran llanas y aptas para la encierra y talaje de animales. Por ello y por su proximidad a Santiago, don Pedro de Valdivia las destinó a la crianza de caballos, llamándolas Dehesa del Rey. Los indios despojados fueron ubicados en Apoquindo, al sur del río, en donde se les dieron valiosas tierras, que conservaron hasta muy avanzada la era colonial. La Dehesa ha mantenido hasta hoy su nombre y constituye uno de los sectores de la ciudad de Santiago.

Peucodañe. Estaba a tres leguas de la ciudad de Santiago. Su cacique era Maucocheque.

III LOS INCAS

NO SOLO los indios autóctonos encontraron los conquistadores españoles, al llegar con don Pedro de Valdivia al sector santiaguino.

Hacia el año 1485 el inca Huayna Capac había invadido el territorio chileno hasta el río Maule, manteniendo en él su soberanía durante largos años y ejerciendo una considerable influencia de toda índole. Cuando don Pedro de Valdivia acampó en el San Cristóbal, la dominación política y militar de los incas ya había desaparecido; pero la secuela dejada por ellos era considerable y se manifestaba en colonias de mitimaes, que aún subsistían, en tambos, en camaricos, en fuertes, en templos, en costumbres y en la toponimia.

Las colonias de mitimaes eran grupos de incas, que vivían pacíficamente en los rancheríos indígenas. Establecidos en medio de la población autóctona creaban en ella un ambiente social y cultural característico,

introduciendo costumbres, creencias y métodos de trabajo. En Santiago fueron muchas las colonias de mitimaes establecidas; y varias de ellas se mantenían aún a la llegada de los españoles.

Hubo colonias de mitimaes en Lampa, en Apoquindo, en Vitacura, en Macul, en Colina, en Maipo, en Apochame, en Talagante. A la llegada de los españoles subsistían aún las de Colina, Vitacura, Macul, Apoquindo y Apochame (Cerrillos).

De algunas de estas colonias han quedado curiosas noticias. En Colina era su jefe el curaca Quilicanta que había llegado a establecerse allí desde Aconcagua por enemistad con el cacique Michimalonco. Gerónimo de Bibar en su *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*, nos dice de él: «Por ser valeroso y uno de los incas del Pirú estaba puesto por el Inca en esta tierra por gobernador, y estando este Inca en esta tierra cuando vino el adelantado don Diego de Almagro y él le sirviese y se le diese por amigo. Fue esta amistad parte que él fuese enemistado de los caciques e indios como muchas veces suele acaecer. Era principalmente adverso suyo Michimalonco, el cual le quiso matar. Viendo el Quilicanta la enemistad que le tenían y le mostraban, ajuntó a todos sus amigos y vínose a poblar el valle y río de Mapocho». Quilicanta habría de ser ahora un importante adicto a don Pedro de Valdivia.

Refiriéndose a la colonia de Vitacura, otro cronista nos dice: «Habían sido enviados por el gran Inca a Chile [...] y se llamaban mitimaes y de éstos era el sobredicho Vitacura, el cual por ser indio del Perú recibió con buen semblante a los españoles». (Mariño de Lovera).

De la colonia de Maipo, nos dicen las Actas del Cabildo de Santiago en 1552: «Señalaron en un pueblo de su parte del río Maipo, que era de los mitimaes del inca y está despoblado».

De Talagante encontramos la siguiente noticia: «Acequia y tierra [...] como gozaban los mitimaes que eran del inca».

Restos de tambos, o sea, posadas para los viajeros, existían varios en el sector santiaguino a la llegada de los españoles. Uno estaba en las inmediaciones mismas de la ciudad de Santiago, en la actual calle San Pablo frente a Brasil, y se denominaba «Paredones» o «Tambillo del Inca».

En las Condes, sector llamado Lo Fontecilla en época moderna, existió otro llamado «tambo nuevo», que reemplazó a uno anterior instalado en plena cordillera y que fue llamado «tambo viejo» desde su abandono. Las Mensuras de Ginés de Lillo nos dan también noticias de tambos establecidos en otros lugares de la provincia de Santiago. «En la quebrada llamada Antelul –dice el tomo 2º, pág. 203–, que es de frente del tambo y pueblo de los indios de Melipilla». Y en el mismo tomo, página 75, nos menciona el tambo de Poangué: «en el tambo viejo que llaman de Poangué».

Camarico, o sea lugar que los incas destinaban para proporcionar alimentos a los viajeros, existía en Colina; y fortaleza o pucara, existía en Talagante.

En cuanto a canales de regadío, los incas construyeron en Santiago por lo menos cinco de ellos de notable importancia, que vinieron a sumarse a la amplia red de acueductos que los indios nativos de la zona tenían ya en uso. Pero a tal materia habremos de referirnos cuando analicemos la primitiva agricultura santiaguina.

IV PARLAMENTO CON LOS INDIOS

LOS DÍAS siguen transcurriendo y don Pedro de Valdivia con los suyos continúa acampado en los faldeos del cerro San Cristóbal. El paraje es acogedor, protegido en sus costados por los dos cerros, con hermosas tierras aptas para el cultivo, con buenos canales de regadío. Una brisa fresca que viene del sur aminora el calor estival de aquellos días. Los hombres vacilan. ¿Y si se fundara allí la ciudad que tienen proyectada?

Veinte días después de instalados, don Pedro de Valdivia se decide a convocar a los caciques comarcanos para instarlos a la paz, conocer opiniones y pedir cooperación. Sería difícil tratar de establecerse definitivamente en algún lugar si no se cuenta con un mínimo de cooperación o de buena disposición por parte de los indígenas. Es necesario, pues,

llamarlos a parlamento. Y así se tendrá también ocasión propicia para instar a los indios a la cristianización, dando en tal forma satisfacción a uno de los más fuertes impulsos que mueven a los conquistadores.

Salen de nuevo las patrullas, esta vez dirigidas directamente hacia los caseríos indígenas que ya conocen, y van dando por doquier la noticia del parlamento. Los caciques más inmediatos reciben directamente la convocatoria, escuchando en silencio la traducción que hace un indio lenguaraz. Ellos, a su vez, se encargan de transmitir el llamado a los caseríos más apartados.

Llega, por fin, el día del Parlamento. Los españoles, cubiertos de armaduras y apoyados en lanzas y arcabuces, se enfrentan al grupo de caciques. Allí están, casi en su totalidad, los caciques comarcanos de Santiago: Huara Huara, que tiene sus tolderías un poco hacia el oriente del campamento (La Dehesa); Huelén Huara, que viene de orillas del cerro Huelén, en la otra ribera del río; el curaca Incagorongo del pueblo de Apochame (Cerrillos); Quilicanta, curaca incaico también, de Colina; Millacura, de Maipo; los caciques de Pico y Poangué; Apoquindo, de las faldas cordilleranas, también curaca incaico; Guachumpilla, de Tango; el curaca Vitacura; Quiñalpangui, de Lampa; y los caciques de Talagante y Melipilla. Junto a ellos se agrupan también caciques de pueblos lejanos, que han recibido la noticia y llegan atraídos por la curiosidad: Michimalonco y Jaujalongo, de Aconcagua; Maiponolipillán; Teno y Gualemo; Chingaymangue, Peomo y Cachapoal.

Sentados en el suelo, envueltos en sus ponchos y cruzando entre ellos miradas maliciosas, los caciques escuchan sin entender a don Pedro de Valdivia que habla en un lenguaje extraño. Un indio lenguaraz y el curaca Quilicanta traducen después lo que el jefe extranjero ha expresado. Les ha dicho que viene en nombre del Rey de España a tomar posesión de esas tierras; y que fundará una ciudad en aquel valle. Pide cooperación de los caciques comarcanos, advirtiéndoles que si dan obediencia y sirven a los cristianos, como los indios del Perú, serán bien tratados y mantenidos en paz; pero que si así no lo hacen, serán castigados como hombres rebeldes.

Ha agregado también que hay un Dios verdadero que deben adorar y seguir para obtener la salvación eterna.

Se produce un silencio entre los caciques. Todos se contemplan, sin que nadie hable. De pronto, se levanta el curaca de Colina, Quilicanta, y contesta por todos. Puede estar tranquilo el jefe blanco. Los caciques han venido en paz y de allí en adelante darán obediencia a Su Majestad y servirán a los cristianos. Los demás caciques siguen escuchando en silencio. ¿Pensarán todos ellos como Quilicanta? ¿Su enemigo Michimalonco —señor de Aconcagua— será de su misma opinión?

El Parlamento termina con cañonazos y borrachera. Los caciques se dispersan en dirección a sus rancheríos. Don Pedro de Valdivia, respaldado por la inmensa mole del San Cristóbal, ha debido quedar pensativo. Las palabras tranquilizadoras de Quilicanta, adicto como curaca incaico a los españoles, bien puede que no sean suficientes y que todos esos caciques impertérritos se mantengan en paz mientras sus mieses estén por cosechar. Pero, ¿qué sucederá después?

V

SE LEVANTA EL CAMPAMENTO

NADA PARECE haberse dicho en el Parlamento sobre el sitio en que debía fundarse la ciudad; y si se dijo, los cronistas no lo consignan. Lo que sí se sabe es que Millacura, cacique de Maipo, dio en esa ocasión, o posteriormente, un consejo que hizo meditar a don Pedro de Valdivia. Según él, la ciudad no debía fundarse al pie del San Cristóbal, sino en la vera sur del río Mapocho, junto al cerrillo Huelén.

Difícil es saber qué razones movieron a Millacura para dar tal consejo; pero Valdivia y sus capitanes han debido pesar, al escucharlo, razones de diversa índole. Tal vez junto al Huelén será más fácil la defensa en caso de un ataque; tal vez el río que se bifurca en dos brazos, formando una isla, sirva de contención para el enemigo por uno y otro lado; o tal vez la

población indígena del cacique Huelén Huara que allí mismo se aposenta pueda ser a los conquistadores de suma utilidad. Pero ¿no serán malas artes las que mueven a Millacura, para desalojar a Huelén Huara, que acaso es enemigo suyo?

En todo caso, Valdivia y los suyos se dejan convencer. Un día se da orden de levantar el campamento. Tiendas y rucas son desarmadas; los bagajes cargan otra vez los hombros de los indios auxiliares; y los jinetes montan de nuevo en sus cabalgaduras. La columna, a una orden de su jefe, reemprende otra vez la marcha hacia el sur.

Desordenadamente cruzan el río Mapocho por diversos vados y penetran a las tierras del cacique Huelén Huara. Se detienen junto al cerro Huelén y allí se disponen a establecerse nuevamente. Estamos ya en febrero de 1541 y el aspecto del paraje se presenta a los conquistadores con toda su hermosura veraniega. Se han ubicado en una verdadera isla, formada por dos brazos del río Mapocho: uno, el grande, que corre por el norte del cerrillo; y otro pequeño que corre por el sur. El cerro protege sus espaldas y frente a ellos una gran explanada los está invitando a trazar una ciudad.